

El recién Llegado

Moisés Hernández



El Recién Llegado
Moisés Hernández

Capítulo 1

Fue una tontería lo que hice, cometer un delito en un país como Haití. Ese tipo estúpido del bar me insultó, así que le reventé una botella en la cabeza. Quien iba a pensar que al caer iba a recibir un mal golpe y moriría. Fueron los tragos, me dejé llevar por la ira. Ahora estoy aquí, en la cárcel de Puerto Príncipe. Uno de los peores lugares del mundo, hacinado con veinte presos en una pequeña celda de cuatro por cuatro metros. Apesta a orines y excremento. Llevo apenas un mes, el tiempo avanza muy lento aquí. La inmundicia que nos dan de comer apenas si nos calma un poco el hambre.

Hay peleas a cada rato por las escasas pertenencias que tenemos. La calor es insoportable, si no nos mata la deshidratación; una infección lo hará. En nuestra celda hay seis camas: dos literas de tres niveles. Los más fuertes y violentos las acapararon, los demás descansamos en el suelo; recargados contra la pared, o como podemos.

No hablamos mucho, la mayoría son haitianos y no comprendo su lengua. Hay dos dominicanos, uno se asemeja a un esqueleto viviente; el otro parece haber perdido la razón: está de rodillas contra la pared, parece orar, golpea su cabeza contra el muro. Algunos están sentados frente a la reja, pelearon fuerte para conseguirlo. No permiten que nadie más les quite su lugar. De poco sirve el privilegio de recibir unos rayos de sol al día. Los guardias los tunden a palos cuando pasan haciendo su recorrido.

Dos haitianos han hecho una figura de tela, como un muñeco; se hacen cortes en los brazos; y bañan a la figura con su sangre, parecen pedirle favores a la figura. Creo que nos estamos volviendo locos, vivimos en un pequeño infierno en la tierra. Lo peor está por llegar, es temporada de huracanes. El primero está por tocar tierra firme esta noche.

Acaban de traer a un tipo nuevo, lo introdujeron con la cabeza cubierta, solo trae un pantaloncillo corto. Su torso y piernas están desnudas y su piel oscura cubierta de tatuajes y cicatrices. Es alto y fornido, no habla ni dice nada. Está sentado y ahí se queda, sin moverse. Se me hace extraño su comportamiento. Tal vez perdió la razón como muchos que aquí viven. Entra un poco de luz por la reja, sus tatuajes se iluminan. Está cubierto de serpientes con enormes colmillos.

De pronto, los haitianos que adoran la figura, comienzan a gritar llenos de horror. Ven los tatuajes y se lanzan contra la reja. Parece que quieren escapar de la visión, gritan y sus ojos parecen salirse de sus cuencas. Su piel oscura suda copiosamente mientras gritan algo como "baka, baka". Apuntan al recién llegado y tiemblan aterrorizados. Los

guardias no tardan en llegar y los apalean, los dos hombres no dejan de temblar y se niegan a soltar la reja; finalmente seden ante la golpiza. El esqueleto viviente es la única persona con la que puedo hablar, dice que en la religión vudú "baka" es un espíritu maligno. Ese espíritu les hace cosas terribles a las personas y les roba su alma. En lo personal no creo en ninguna de esas tonterías. Escucho a los guardias murmurar que han traído al extraño para limpiar la celda, no me queda claro lo que dicen.

El día va llegando a su fin, estamos fastidiados por el calor. No tardarán en salir las cucarachas de los rincones; y una que otra rata tratando de buscar el alimento entre la carroña. El recién llegado sigue sentado en el suelo, sin moverse. Se que está vivo porque he visto el movimiento de su pecho al respirar.

Los dos haitianos sujetan con fuerza a su ídolo y no dejan de suplicarle. Los demás trataremos de descansar un poco. Puedo escuchar el golpe de la cabeza del dominicano contra la pared. El clamor de los dos haitianos, gritos y peleas en las otras celdas. Es difícil dormir un poco, estamos muy apretados, no nos podemos acomodar en el piso, el cuerpo entero me duele.

Cuando no podíamos estar peor comienza la tormenta, los relámpagos iluminan la noche oscura. El huracán azota la cárcel con una furia implacable. El agua se filtra y humedece la celda. Al principio es un alivio para nuestros acalorados cuerpos; pero momentos después se vuelve un tormento el viento y el frío de la lluvia.

Mojado y todo me voy desvaneciendo por el cansancio, mi entendimiento parece borrarse. No duermo, es más bien un desmayo. Mi mente no sueña, se hunde en un abismo oscuro. Divago en una serie de formas extrañas y enfermizas. Repentinamente mis sueños se llenan de figuras alargadas y viscosas. En las tinieblas veo a mis compañeros como sombras tratando de huír. Las formas viscosas y largas los atrapan, los comprimen y los revientan. El dominicano golpea su cabeza con fuerza contra la pared, parece que quiere reventarse los sesos. Todos se arrinconan contra las rejas, gritan suplicando que los dejen salir ¡Qué horrible pesadilla! ¡No puedo despertar! Desde mi rincón contemplo como las figuras los siguen masacrando, se empujan unos contra otros. Veo entre la luz de las centellas el ídolo de los dominicanos tirado junto a mí; una extremidad sin cuerpo lo sostiene; una mano se aferra con fuerza a la figura. Uno por uno todos son aplastados por esas formas sinuosas, sus gritos se van apagando. Solo quedo yo paralizado en mi rincón.

De pronto, unos brazos fuertes me aprisionan por los hombros, volteo. Puedo ver a mi captor, a través de la luz de los relámpagos. Es el hombre con la cabeza cubierta, es muy fuerte. En un intento por liberarme arranco la tela de su cabeza. En eso, un relámpago ilumina la oscuridad de la

noche; una visión demencial me paraliza: ilos tatuajes de serpientes se mueven en su cuerpo! ¡Entran y salen de su piel! Veo su rostro ¡Es un reptil enorme! Se que estoy soñando, esto no puede ser real. La criatura me observa con sus mandíbulas abiertas, mientras su bífida lengua explora mi rostro. Se abalanza sobre mi, quiero despertar de la pesadilla, pero creo que no podré hacerlo nunca más.